

JULIO VERNE

CLOVIS DARDENTOR

CAPÍTULO VI

EN EL QUE LOS MÚLTIPLES INCIDENTES DE ESTA HISTORIA CONTINÚAN EN LA CIUDAD DE PALMA.

Si hay un sitio que se pueda conocer a fondo sin haberle visitado jamás, es el magnífico Archipiélago de las Baleares. Seguramente merece atraer a los turistas, que no sentirán haber pasado de una isla a la otra, aunque las azules olas del Mediterráneo estuvieran blancas de furor. Después de Mallorca, Menorca; después de Menorca, el salvaje islote de Cabrera, el islote de las Cabras. Y después de las Baleares, que forman el grupo principal, Ibiza, Formentera, Coniglieria, con sus espesos bosques de pinos.

¡Sí! Si lo que se ha hecho para este oasis del Mediterráneo se hubiera hecho con cualquiera otro país de los dos continentes, sería inútil que uno abandonara su casa y se pusiera en viaje para ir a admirar con los propios ojos las maravillas naturales recomendadas a los viajeros. Bastaría encerrarse en una biblioteca, a condición de que esta biblioteca poseyera la obra de Su Alteza el Archiduque Luis Salvador de Austria sobre las Baleares, y leer un texto tan completo y tan preciso, mirando los grabados en colores, las vistas, los dibujos, los croquis, los planos, los mapas, que hacen de esta publicación una obra sin rival. Es, en efecto, un trabajo incomparable por la belleza de la ejecución, por su valor geográfico, étnico, estadístico, artístico... Por desgracia esa obra maestra de librería no está en el comercio. Así es que Clovis Dardentor no la conocía, ni Marcel Lornans, ni Juan Taconnat. Sin embargo, puesto que, gracias a la escala del Argelés, habían desembarcado en la principal isla del archipiélago, por lo menos iban a presentarse en su capital, penetrando en el corazón de aquella ciudad encantadora, y fijar sus recuerdos en sus notas. Y probablemente después de saludar en el fondo del puerto el yate Nixe del Archiduque Luis Salvador, sentirían el deseo de fijar su residencia en la admirable isla. Así que el paquebote amarró en el puerto artificial de Palma, gran número de pasajeros desembarcó. Los unos, aún conmovidos por la agitación de aquella travesía, tan tranquila no obstante- principalmente las señoras-, no veían allí más que la satisfacción de sentir bajo sus pies la tierra firme durante algunas horas. Los otros contaban aprovechar la escala visitando la capital de la isla y sus alrededores, si el tiempo lo permitía, desde las dos hasta las ocho de la noche, pues, el Argelés debía hacerse a la mar al caer la noche, y para comodidad de los excursionistas la comida se había retrasado hasta después de la marcha.

Entre los últimos no extrañará que se contasen el señor Clovis Dardentor, Marcel Lornans y Juan Taconnat. Desembarcaron igualmente el señor Eustache Oriental con su antejo, los señores Desirandelle, padre e hijo, dejando a la señora de Desirandelle en su camarote, donde dormía un sueño reparador.

-¡Buena idea, mi excelente amigo! dijo Clovis Dardentor al señor Desirandelle.- ¡Algunas horas en Palma sentarán bien a su máquina, algo estropeada! ¡Qué ocasión para desentumecernos, vagando por la ciudad *ped bus cu ja b s!*... ¿Es usted de los nuestros?

- Gracias, Dardentor- respondió el señor Desirandelle, cuyo semblante comenzaba a recobrar el color.- Me sería imposible seguir a ustedes, y prefiero instalarme en un café, donde les esperaré.

Y esto fue lo que hizo, mientras Agatocles iba a gandulear por la izquierda y el señor Oriental por la derecha. No parecía que ni uno ni otro estuvieron poseídos de la manía del turismo. Patricio, que había abandonado el paquebote siguiendo a su amo, se acercó a pedirle órdenes con voz grave:

-¿Acompaño al señor?

-Por de contado. ¡Es posible que encuentre algún objeto de mi gusto, un bibelot del país, y no tengo la intención de llevarle a cuestras!

Efectivamente; no hay turista que, vagando por las calles de Palma, no encuentre algún bibelot de origen mallorquín, uno de esos cacharros que sostienen la comparación con la porcelana de China, una de esas mayólicas, llamadas así por el nombre de la isla muy afamada por esta fabricación.

-Si usted lo permite- dijo Juan Taconnat- pasearemos juntos.

-¡Cómo, señor Taconnat! Precisamente iba yo a suplicar a ustedes que aceptasen mi compañía durante este breve tiempo.

Patricio encontró la respuesta conveniente, y la aprobó con un ligero movimiento de cabeza. No dudaba que su amo ganaría mucho con el trato de los dos parisienses, que, en su opinión, debían de pertenecer a la más distinguida sociedad.

Mientras Clovis Dardentor y Juan Taconnat cambiaban aquellas palabras de cortesía, Marcel Lornans sonreía, adivinando el objeto que tenían por parte de su amigo.

-Pues bien... ¡sí!- le decía éste aparte.- ¿Por qué no ha de presentarse la ocasión que deseo?

-¡Sí... Sí! ¡La ocasión, Juan!... La famosa ocasión exigida por el Código..., el combate..., el fuego..., las olas...

- ¿Quién sabe?

No había que temer que durante el paseo por las calles de la ciudad el señor Dardentor fuese arrastrado por las olas, ni envuelto por las llamas, ni atacado por nadie; por desgracia para Juan Taconnat, no había ni animales feroces, ni malhechores de ninguna especie en las afortunadas islas Baleares.

Y como no había tiempo que perder, preciso era aprovechar las horas de escala del paquebote. Al entrar el Argelés en la bahía de Palma, los pasajeros pudieron notar tres edificios que dominan pintorescamente las casas del puerto. Eran la catedral, un palacio que está al lado, y a la izquierda, cerca del muelle, una construcción de soberbio aspecto, cuyas torrecillas se reflejan en el agua. Destacábanse sobre el muro los campanarios de las iglesias y grandes aspas de molinos movidas por la brisa.

Lo mejor cuando no se conoce un país es consultar la Guía de los viajeros, y si no se tiene este librito, tomar un guía. Esto último fue lo que hicieron el señor Dardentor y sus compañeros. Era el tal guía mozo de unos treinta años, de elevada estatura y rostro dulce. Una especie de capa oscura sujeta a la espalda, un pantalón bombacho y un sencillo pañuelo rojo a la cabeza constituían su traje. Por algunos duros se convino entre Dardentor y el mallorquín en que recorrerían a pie la ciudad, y visitarían los principales edificios, completando la exploración con un paseo en Carruaje por los alrededores.

Lo que sedujo principalmente a Dardentor fue que el guía hablaba el francés de un modo inteligible, con el acento propio del Mediodía de Francia, que distingue a los naturales de los alrededores de Montpellier. Y como se sabe, entre Montpellier y Perpignan la distancia no es grande. Tenemos, pues, a nuestros tres turistas en camino, escuchando las indicaciones de un guía- cicerone, que empleaba frases tan pomposas como descriptivas.

El archipiélago de las Baleares vale que se conozca su historia, tan magistralmente contada por la voz de sus monumentos y de sus leyendas. Lo que se ve ahora, no indica nada de lo que fue en otra época. Muy floreciente hasta el siglo XVI, si no desde el punto de vista industrial, a lo menos desde el punto de vista comercial, su admirable situación, la facilidad de las comunicaciones marítimas con los tres grandes países de Europa, Francia, Italia y España, y su vecindad al litoral africano, le valieron ser un punto de escala para toda la marina mercante.

Bajo la dominación del rey Jaime I el Conquistador, de tan venerada memoria, llegó a su apogeo, merced al genio de sus audaces armadores, que contaban entre ellos los más distinguidos miembros de la nobleza mallorquina. Hoy el comercio está reducido a la exportación de los productos del suelo: aceite, almendras, alcaparrones, limones, legumbres. Su industria se limita a la cría de puercos, que son expedidos a Barcelona. La cosecha de las naranjas, menos abundante de lo que se cree, no justifica el nombre de «Jardín de las Hespérides» que aún se atribuye a las islas Baleares. Pero lo que este archipiélago no ha perdido, lo que no puede perder Mallorca, la isla más extensa del grupo, de una superficie de tres mil cuatrocientos kilómetros cuadrados para una población que pasa de doscientos mil habitantes, es su clima encantador, de infinita dulzura; su atmósfera limpia, sana, vivificante; sus maravillas naturales; el esplendor de sus paisajes; el luminoso color de su cielo, que justifican otro de sus nombres mitológicos: el de la «Isla del buen genio»

Rodeando el puerto para dirigirse al monumento que atrajo desde luego la atención de los viajeros, el guía cumplió a conciencia su oficio de cicerone, un verdadero fonógrafo de rotación continua, que repetía por centésima vez las frases de su repertorio. Refirió que la fundación de Palma, un siglo antes de la era cristiana, databa de la época en que los romanos ocupaban la isla, después de habérsela disputado por largo tiempo a los habitantes, ya célebres por su habilidad en manejar la honda.

Clovis Dardentor admitió que el nombre de Baleares fuese debido a ese ejercicio en que tanta fama adquirió David, y hasta que el pan de cada día no se daba a los niños sino después de haber hecho blanco con su honda. Pero cuando el guía afirmó que las balas lanzadas por aquel primitivo aparato de proyección se fundían al atravesar el aire- tanta era su velocidad-, dirigió una mirada significativa a los dos jóvenes.

-¡Ah!... ¿Es que este insular se burla de nosotros?- murmuró.

-¡Oh! ¡En el Mediodía!... – añadió Marcel Lornans.

Sin embargo, aceptaron como auténtico este pasaje de historia: que el cartaginés Amílcar hizo escala en la isla de Mallorca, durante su travesía de África a Cataluña, y que allí vino al mundo su hijo, conocido generalmente con el nombre de Aníbal. En cuanto a dar por cierto que la familia Bonaparte fue originaria de la isla de Mallorca, y que en ella residía desde el siglo XV, Clovis Dardentor lo rehusó obstinadamente. ¡Córcega, sí!... Las Baleares, jamás!

Palma fue el teatro de numerosos combates; primero, cuando se defendía contra los soldados del rey D. Jaime; después, cuando los campesinos propietarios se levantaron contra la nobleza, que les abrumaba con impuestos, y, en fin, cuando tuvo que resistir a los corsarios berberiscos. Pero aquellos tiempos habían pasado. La ciudad gozaba al presente de una calma que debía de quitar a Juan Tacconnat toda esperanza de intervenir en una agresión dirigida contra su futuro padre adoptante.

El guía, remontándose a principios del siglo XV, refirió que el torrente de la Reina, en una crecida extraordinaria, había causado la muerte de mil seiscientos treinta y ocho personas. De aquí esta pregunta de Juan Tacconnat.

-¿Dónde está ese torrente?

-Atraviesa la ciudad.

-¿Le encontraremos?

-Sin duda.

-Y..., ¿tiene mucha agua?

-No más que para ahogar un ratón.

-¡Eso no me sirve!- dijo el pobre joven al oído de su primo.

Mientras hablaban, los tres turistas tomaban una idea de la ciudad baja siguiendo los muelles, o más bien las terrazas que soportan la muralla a lo largo de la mar. Algunas casas presentaban las fantásticas disposiciones de la arquitectura morisca, lo que depende de que los árabes han habitado la isla durante un período de cuatrocientos años. Las entreabiertas puertas dejaban ver corredores centrales, patios rodeados de ligeras columnas, el pozo tradicional con su elegante armadura de hierro, la escalera de caprichoso giro, el peristilo adornado de plantas trepadoras en plena floración, las ventanas con bastidores de piedra de una esbeltez incomparable, algunas con miradores a la española. Clovis Dardentor y sus compañeros llegaron ante un edificio flanqueado por tres torres octogonales, que aportaba la nota gótica en medio de los primeros ensayos del Renacimiento.

-¿Qué construcción es ésta?- preguntó el señor Dardentor.

Según Patricio, pudo emplear una palabra más fina. Era «la Fonda», la antigua Bolsa; un magnífico monumento de soberbias ventanas almenadas, cuya cornisa artísticamente cortada y finas molduras hacían honor a los adornistas de aquel tiempo.

-Entremos- dijo Marcel Lornans, al que le interesaban las curiosidades arqueológicas.

Entraron franqueando una arcada que un sólido pilar partía por medio. En el interior había un espacioso salón, capaz para contener mil personas, la bóveda del cual estaba sostenida por columnas en espiral. No faltaba allí más que el movimiento del comercio, el tumulto de los mercaderes que llenaban aquel sitio en épocas más prósperas. Esto es lo que hizo observar Clovis Dardentor. Hubiera querido transportar aquel edificio a su ciudad natal, y él sólo le hubiera vuelto su animación de otra época.

No hay que decir que Patricio admiraba aquellas hermosas cosas con la flemma de un viajero inglés, produciendo en el guía la impresión de un gentleman discreto y reservado. A Juan Tacconnat, la charla del cicerone no producía más que mediano interés, no porque el joven fuera insensible a los encantos del gran arte de la arquitectura, sino porque estaba bajo la obsesión de una idea fija, y se lamentaba de «no tener nada que hacer en aquel edificio».

Después de una breve visita, el guía les encaminó por la calle de la Reina. Había bastante gente. Los hombres tenían hermoso tipo, aspecto elegante. Vestían pantalón bombacho y chaqueta de piel de cabra sujeta a la cintura. Las mujeres eran muy hermosas, de subido color, ojos negros y profundos y rostro expansivo. Su traje se componía de falda de vivos colores, talle corto, corsé escotado. Llevaban los brazos desnudos; algunas jóvenes iban graciosamente cubiertas con el «rebocillo», el que, a pesar de lo que tiene de monacal, no roba nada al encanto del rostro ni a la vivacidad de la mirada. No había tiempo para entretenerse en cambiar cumplimientos y saludos, por más que sea muy dulce y agradable hablar con las jóvenes mallorquinas. Apresurando el paso, los turistas pasaron por la muralla del Palacio Real, vecina a la catedral, y que, vista desde cierta parte, desde la bahía, por ejemplo, parece confundirse con ella. Es un vasto edificio con torres cuadradas, precedido de un pórtico, que tiene un ángulo de la época goda, por más que en su híbrida construcción muestre la mezcla del estilo romano y del morisco. A algunos centenares de

pasos, el grupo de los excursionistas llegó a una gran plaza de irregular dibujo, y en la que desembocan varias calles que conducen al interior de la ciudad.

-¿Qué plaza es ésta?- preguntó Marcel Lornans.

-La plaza de Isabel II- respondió el guía.

-¿Y esa ancha calle que tiene casas de tan hermosa apariencia?

-El paseo del Borne.

Era una calle de pintoresco aspecto, con casas de fachadas diversas, con ventanas llenas de verde, espaciosos balcones y miradores de vidrios coloreados, colocados junto a las murallas, y algunos árboles diseminados por todas partes. El paseo del Borne conduce a la plaza oblonga de la Constitución, en la que se alza el edificio de la Hacienda pública.

-¿Subimos por el paseo del Borne?- preguntó Clovis Dardentor.

-Bajaremos por él a la vuelta- respondió el guía.- Es preferible ir a la catedral, que está cerca.

-¡Vaya por la catedral!- respondió Dardentor-, y no me disgustaría subir a una de sus torres, a fin de ver desde allí el conjunto de la ciudad.

-Mejor sería- dijo el guía- ir a visitar el castillo de Bellver, fuera de la ciudad, desde el cual se dominan los alrededores.

-¿Tendremos tiempo?- observó Marcel Lornans.- El Argelés parte a las ocho.

Juan Taconnat acababa de vislumbrar una esperanza. ¿Acaso una excursión por el campo ofrecería la ocasión que buscaba en vano en las calles de la ciudad?

-Tendrán ustedes tiempo, señores- respondió el guía.- El castillo de Bellver no está lejos, y ningún viajero se perdonaría abandonar a Palma sin verle.

-¿Y de qué modo iremos?

-Tomando un coche en la puerta de Jesús.

-Pues bien; a la catedral- dijo Marcel Lornans.-

Volvió el guía a mano derecha, entró por una estrecha calle, la calle de la Seo, se dirigió hacia la plaza del mismo nombre, en la que se eleva la catedral, dominando con su fachada occidental la muralla por encima de la calle del Mirador.

El guía condujo primero a los turistas ante la portada de la Mar. Esta portada es de la admirable época de la arquitectura ojival, en la que la disposición resplandeciente de las ventanas y de los florones deja presentir la próxima fantasía del Renacimiento.

Algunas estatuas pueblan sus urnas laterales, y su tímpano reproduce, entre las guirnaldas de piedra, escenas bíblicas finamente dibujadas, de inocente y sencilla composición. Cuando se encuentra uno ante la puerta de un edificio, lo primero que se ocurre es que se penetra en el edificio por aquella puerta. Clovis Dardentor se disponía, pues, a empujarla, cuando el guía le detuvo.

-Esa puerta está tapiada.

-¿Y por qué razón?

-Porque el viento de la mar entraba con tal violencia, que los fieles podían creerse ya en el valle de Josafat, bajo los golpes de la tempestad del juicio final.

Frase que el guía repetía invariablemente a todos los extranjeros, de la que estaba muy orgulloso, y que agradó a Patricio. Rodeando el monumento, terminado en 1601, se puede admirar el exterior, sus dos flechas muy adornadas y sus múltiples pináculos. Esta catedral, en suma, rivaliza con las más renombradas de la Península ibérica. Entraron por la puerta mayor, colocada en la fachada principal. Como todas las de España, esta iglesia es muy sombría. Ni una silla en la nave ni en los lados. Aquí y allá algunos bancos de madera. Nada más que las frías losas sobre las que los fieles se arrodillan, lo que da un carácter particular a las ceremonias religiosas.

Clovis Dardentor y los dos jóvenes subieron la nave entre su doble hilera de pilares, cuyas aristas prismáticas van a unirse a la caída de la bóveda. Así llegaron hasta el extremo. Detuviéronse ante la capilla real para admirar un retablo magnífico; penetraron en el coro, colocado en mitad del edificio. Les hubiere faltado el tiempo preciso para examinar detalladamente el rico tesoro de la catedral, sus maravillas artísticas, sus sagradas reliquias, veneradas con gran fe en Mallorca, particularmente el esqueleto del rey D. Jaime de Aragón, encerrado desde tres siglos en un sarcófago de mármol negro. Tal vez durante aquella corta visita no tuvieron tiempo de rezar una oración. En todo caso es seguro que, de rezar Juan Taconnat por Clovis Dardentor, no hubiera sido sino a condición de salvarle en este mundo, esperando otro.

-¿Dónde vamos ahora?- preguntó Marcel Lornans.

-Al Ayuntamiento- respondió el guía.

-¿Por qué calle?

-Por la calle del Palacio.

Desanduvo el grupo lo andado subiendo por la calle dicha, de unos trescientos metros de longitud, o sea mil seiscientos palmos, para contar a la mallorquina. La calle lleva a una plaza menos espaciosa que la de Isabel II, y de no menos irregular dibujo.

Nótese que en las Baleares no se encuentran ciudades tiradas a cordel como en América. ¿Valía la pena visitar el Ayuntamiento, o, por otro nombre, la Casa Consistorial? Seguramente, y ningún extranjero se va de Palma sin admirar este monumento de soberbia fachada, con dos puertas abiertas entre dos ventanas, que dan acceso (las puertas) al interior, donde está la tribuna. El primer piso consta de siete ventanas; caen sobre un balcón que ocupa todo el largo del edificio; el segundo piso está protegido por un tejado de chalet y, sus florones, que soportan cariátides de piedra. En una palabra, la Casa Consistorial es considerada como una obra maestra del Renacimiento italiano. Allí está el salón adornado de pinturas que representan las notabilidades locales, sin hablar de un notable San Sebastián de Van Dyck; allí los maceros de rostro seco y larga hopalanda se pasean con aire grave y paso medurado. Allí se toman las decisiones proclamadas en la ciudad por los soberbios tamborileros del Ayuntamiento, vestidos con trajes tradicionales, bordados de pasamanerías rojas, pues el oro está reservado a su jefe, el tamborilero mayor. Clovis Dardentor hubiera sacrificado algunos duros por poder admirar en todo su esplendor a este personaje, del que hablaba el guía con vanidad realmente propia de las Baleares; pero dicho personaje no estaba visible.

Ya había transcurrido una hora de las seis que la escala había de durar, y era conveniente apresurarse si se quería visitar el castillo de Bellver. Así, pues, por un laberinto de calles y callejas, donde el mismo Dédalo hubiera perdido el hilo de Ariadna, el guía subió de la plaza de Cort a la del Mercado, y ciento cincuenta metros más allá los turistas desembocaron en la plaza del Teatro. Clovis Dardentor pudo hacer entonces algunas compras, entre ellas una pareja de mayólicas a buen precio. Patricio recibió la orden de conducir aquellos objetos a bordo del paquebote, cuidando de ponerlos en buen lugar, en el camarote de su amo, y volvió a bajar hacia el puerto. Más allá del teatro, los viajeros tomaron por una ancha calle, el paseo de la Rambla, cuya longitud es de tres mil metros, y que va a unirse con la plaza de Jesús. El paseo está bordeado de iglesias y de conventos, entre otros el de los religiosos de la Magdalena, frente al cuartel de Infantería. En el fondo de la plaza de Jesús está la puerta del mismo nombre, abierta en la muralla, sobre la cual se tienden los hilos telegráficos.

Por todas partes vense casas coloreadas por los vanos de los balcones o por las verdes persianas de las ventanas. A la izquierda, algunos árboles alegran aquel lucido rincón de plaza llena del sol del Mediodía. Al través de la gran puerta aparecía la verde planicie, atravesada por un camino que baja hacia el Terreno y conduce al castillo de Bellver.

CAPÍTULO VII

EN EL QUE CLOVIS DARDENTOR VUELVE DEL CASTILLO DE BELLVER MÁS DEPRISA DE LO QUE HA IDO.

Eran las cuatro y media. Quedaba, pues, tiempo bastante para prolongar la excursión hasta aquel castillo, cuya buena situación había alabado el guía, para visitar su interior, para subir a su alta torre, y tomar una vista del litoral que rodea la bahía de Palma.

En menos de cuarenta minutos, un carruaje con buenos caballos puede hacer el trayecto. Esto no es más que cuestión de duros, y será fácil resolverla a gusto de los excursionistas, a los que el capitán Bugarach no esperará si se retrasan. Clovis Dardentor sabe algo de esto.

Precisamente, en la puerta de Jesús había una media docena de galeras que no deseaban más que lanzarse al camino al galope de sus mulas. Tal es la costumbre de estos carruajes de construcción ligera, que ruedan bien y que en terreno llano como en pendientes, no conocen más marcha que el galope. Llamó el guía a uno de los cocheros, cuya galera agradó a Dardentor. Con frecuencia él iba en coche por las calles de Perpignan, y a tener que desempeñar el oficio de cochero, no necesitaría de aprendizaje. Pero no era aquella ocasión para lucir sus talentos de sportman, y dejó al cochero el cuidado de conducirles. El trayecto, pues, se efectuaría sin peligro, y Juan Taconnat vería huir sus esperanzas de «adopción traumática», como decía Marcel Lornans.

-¿De modo que esta galera les basta?- preguntó el guía.

-Sí- respondió Marcel Lornans-, y si el señor Dardentor quiere subir...

-Al momento, amigos míos... Usted primero, señor Marcel.

-No, usted...

-De ningún modo...

Deseando poner fin a aquel cambio de cumplimientos, Marcel Lornans se decidió.

-¿Y usted, señor Taconnat?- dijo Dardentor.-

¿Pero qué tiene usted? ¿Qué aire de preocupación?

¿Dónde está su buen humor habitual?

-¡Yo, señor Dardentor!... No tengo nada; se lo aseguro...

-¿Cree usted que puede ocurrirnos algún accidente en este coche?

-¡Un accidente, señor Dardentor!- respondió Juan Taconnat encogiéndose de hombros.- ¿Por qué ha de ocurrirnos? ¡Yo no creo en accidentes!

-Ni yo tampoco, y les aseguro a ustedes que nuestra galera no naufragará en el camino.

-Además- añadió Juan Taconnat,- si naufragase convendría que lo hiciese en un río, en un lago, en un estanque... en una cubeta. O no entraría en cuenta.

- ¿Cómo?- exclamó Dardentor lleno de asombro.

-Quiero decir- añadió el otro- que el texto del Código está bien claro. Es preciso... En fin, yo me entiendo.

Marcel Lornans reía al oír las confusas explicaciones de su primo, que buscaba una paternidad adoptiva.

-¡No entraría en cuenta! ¡No entraría en cuenta!- repitió Clovis Dardentor. Verdaderamente, no he oído nunca cosa semejante. Vamos... Andando...

Juan Taconnat tomó asiento junto a su primo. El señor Dardentor se sentó delante, al lado del cochero, y el guía, invitado a ir con ellos, se colocó en el estribo. Franqueada la puerta de Jesús, los turistas distinguieron el castillo de Bellver sobre su verde colina. No, era campo raso lo que la galera tenía que atravesar; debía seguir primero el Terreno, especie de arrabal de la capital de las Baleares, que con razón está considerado como estación balnearia en las cercanías de Palma, y cuyas quintas elegantes y lindas alquerías se extienden bajo la fresca sombra de los árboles, más particularmente de viejas higueras. Este conjunto de casas blancas se halla colocado sobre una eminencia, cuya base rocosa está bordeada por las espumas de la resaca. Después de dejar atrás aquel gracioso Terreno, Clovis Dardentor y los dos parisienses pudieron, al volverse, abrazar con la mirada la ciudad de Palma, su bahía azulada hasta el límite de la alta mar y los caprichosos dibujos de su litoral.

La galera caminó entonces por una calle ascendente, perdida bajo la profundidad de un bosque de pinos de Alep que rodea la ciudad y tapiza la colina coronada por los muros del castillo de Bellver. Pero conforme se subía, el aspecto del sitio era más alegre... Las casas se esparcen bajo palmeras, naranjos, granados, higueras y olivos. Clovis Dardentor, siempre expansivo, no economizaba sus frases de admiración, por más que estuviere acostumbrado a paisajes semejantes en el Mediodía de Francia. Verdad que, en lo que concierne a los olivos, nunca los había visto más gibosos, más llenos de nudosidades ni más gigantescos. Después, aquellas cabañas de paja de los campesinos, rodeadas de campos de legumbres, esparciéndose fuera de los chaparros de mirtos y de citisos, llenas de profusión de flores, entre otras esas «lágrimas» de nombre poético y triste... ¡Cómo regocijan los ojos con sus tejados con aleros cubiertos de racimos de rojos pimientos!

Hasta entonces, el viaje se había efectuado con toda comodidad. La galera no marchaba con ayuda de remos por el pérfido elemento. En aquel campo no era de temer ninguna agresión de bárbaros piratas. Había aquella navegado felizmente por un camino menos caprichoso que la mar, y eran las cinco cuando llegó a buen puerto, o sea ante el puente del castillo de Bellver.

El castillo fue construido en aquel sitio para defender la bahía y la ciudad de Palma. Con sus fosos profundos, sus espesas murallas de piedra, la torre que le domina ofrece el aspecto militar común a las fortalezas de la Edad Media. Cuatro torres flanquean su muralla circular, dentro de la cual se ven dos pisos de un doble estilo romano y gótico. Fuera de la muralla se yergue la torre del Homenaje, de feudal aspecto. A la plataforma de ésta es donde iban a subir los tres turistas a fin de tomar una vista general del campo y de la ciudad, vista más completa que la que pudieran haber tomado desde una de las torres de la catedral.

La galera quedó ante el puente de piedra echado sobre el foso, y el cochero recibió la orden de aguardar a los excursionistas que, acompañados del guía, penetraron en el castillo. La visita no podía ser larga. En realidad, más que de escudriñar los rincones de la antigua fortaleza, tratábase de pasear, una mirada por el lejano horizonte.

Así es que, después de lanzar una ojeada a los cuartos bajos al nivel del patio, Clovis Dardentor dijo:

-Y bien; ¿subimos a lo alto, amigos míos?

-Cuando usted quiera- respondió Marcel Lornans-; pero no nos retrasemos. ¡Fuera bueno que el señor Dardentor, después de haber faltado una vez a la partida del Argelés!...

-¿Faltara otra?- interrumpió Dardentor.- Esto sería más imperdonable, porque en Palma no encontraría una chalupa de vapor que me llevara a bordo del paquebote. ¡Y qué sería de ese pobre Desirandelle!
Dirigiéronse, pues, hacia la torre del Homenaje, que se eleva fuera de la muralla, y que dos puentes unen al castillo.

La torre, redonda y maciza, de un tono cálido de piedra cocida, tiene por base el fondo de un foso. En su parte SO. vese una puerta rojiza a la altura de aquel. Encima se abre una ventana con arco de bóveda, dominada por dos estrechas troneras, y después la repisa, que soporta el parapeto de la plataforma superior. Siguiendo al guía, Clovis Dardentor y sus compañeros subieron por una escalera de caracol labrada en el interior del muro y débilmente iluminada por las troneras.

Después de una penosa ascensión, llegaron a la plataforma. A decir verdad, no podía acusarse al guía de haber exagerado. Desde aquel punto la vista era magnífica. Al pie del castillo, la colina verde con su manto negro de pinos de Alepo. Más allá el encantador barrio de Terreno. Más abajo la azulada bahía, tachonada de puntitos blancos semejantes a pájaros de mar, y que son las velas de los barcos. Más lejos, y en forma de anfiteatro, la ciudad, su catedral, sus palacios, sus iglesias, resplandeciente conjunto bañado en aquella atmósfera luminosa, que el sol hiera con sus dorados rayos al declinar hacia el horizonte. En fin, a lo largo resplandece la mar inmensa, y aquí y allá navíos desplegando sus blancas velas, los steamer, que barren el cielo con su larga cola fuliginosa.

Nada de Menorca al E., nada de Ibiza al SO.; pero al Sur el abrupto islote de Cabrera, donde tantos soldados franceses perecieron miserablemente durante las guerras del primer Imperio. Desde la torre del castillo de Bellver, la parte occidental de la isla da una idea de lo que es Mallorca, la única del archipiélago que posee verdaderas sierras plantadas de encinas y de lotos, sobre las que sobresalen agujas porfiríticas, dioríticas o calcáreas. La llanura está sembrada de tumescencias que llevan el nombre de «puys», lo mismo en las Baleares que en Francia, y no se encontrará una que no esté coronada por un castillo, por una iglesia o una ermita en ruinas. Añádase que por todas partes culebrean tumultuosos torrentes, que al decir del guía pasan de doscientos en la isla.

- ¡Doscientas ocasiones para que el señor Dardentor pudiera caer al agua! pensó Juan Taconnat- , ¡pero seguramente no caerá!

Lo que se veía de más moderno era el camino de hierro de la parte central de Mallorca. Va desde Palma a Alcudia, por los distritos de Santa María y de Binisalem, y se trata de extenderle al través de los valles de la montaña, que yergue su pico a más de mil metros de altura.

Siguiendo su costumbre, Clovis Dardentor se entusiasmaba al contemplar aquel maravilloso espectáculo. Marcel Lornans y Juan Taconnat participaban de su justificada admiración. Realmente era una lástima que la visita al castillo de Bellver no pudiera prolongarse, que no fuera posible volver, y que la escala del Argelés fuera tan breve.

-¡Sí!- dijo Clovis Dardentor.- Sería preciso permanecer aquí semanas, meses.

-¡Ah!- respondió el guía, que sabía muchas anécdotas-; es precisamente lo que pasó a un compatriota de ustedes.

-¿Cómo se llamaba?- preguntó Marcel Lornans.

-Francisco Arago.

-Arago... Arago...- exclamó Clovis Dardentor-; una de las glorias de Francia.

Efectivamente, el ilustre astrónomo fue en 1808 a las Baleares con el objeto de completar la medida de un arco del Meridiano entre Dunkerque y Formentera. Sospechoso a la población mallorquina, amenazado de muerte, fue encerrado en el castillo de Bellver durante dos meses, y no se sabe lo que su prisión hubiera durado a no conseguir escapar por una de las ventanas del castillo, y fletar después un barco que le condujo a Argel.

-Arago- repetía Clovis Dardentor.- ¡Arago, el célebre hijo de Estagel, el glorioso hijo de mis Pirineos Orientales!

Entretanto apremiaba el tiempo, y era preciso abandonar la plataforma, desde la que se dominaba aquel país incomparable como desde la barquilla de un aerostato. Clovis Dardentor no acertaba a separarse de allí. Iba y venía de un lado a otro, inclinándose sobre el parapeto de la torre.

-¡Cuidado!- le gritó Juan Taconnat, sujetándole por la chaqueta.

-¿Cuidado?

-Sin duda..., por poco se cae usted... ¿A qué causarnos este susto?

Susto muy legítimo, pues si el digno hombre hubiese dado la vuelta por encima del parapeto, Juan Taconnat no hubiera podido más que asistir, sin poder darle socorro, a la caída de su padre adoptante en las profundidades del foso.

En suma; lo más lamentable era la falta de tiempo, que no permitía organizar la completa exploración de la admirable Mallorca. No es bastante haber recorrido los diversos barrios de Palma, su capital; es preciso visitar las demás ciudades... ¿y cuáles más dignas de atraer a los turistas que Soller, Inca, Manacor, Valldemosa? ¡Y las grutas naturales de Artá y Drach, consideradas como las más bellas del mundo, con sus lagos legendarios, sus capillas de estalactitas, sus baños de aguas límpidas y frescas, su teatro, su infierno, denominaciones fantásticas si se quiere, pero que merecen las maravillas de aquellas inmensidades subterráneas!

¡Y que diremos de Miramar, el incomparable dominio del archiduque Luis Salvador; de los bosques milenarios, cuyos árboles ha respetado este príncipe sabio y artista; y de su castillo, edificado sobre un alto que domina el litoral; y de “hospedería”, cuyos gastos paga S.A., abierta a todos los que pasan, que les ofrece lecho y comida durante dos días gratuitamente, y hasta, los que en ello tienen empeño, procuran inútilmente agradecer por una gratificación a las gentes del Archiduque la acogida!

¿Y no es digna también de ser visitada la Cartuja de Valldemosa, desierta ahora, silenciosa, abandonada, y en la que Jorge Sand y Chopin han pasado una temporada, lo que nos ha valido bellísimas obras del gran artista, y del gran novelista la relación de Un invierno en Mallorca y la extraña novela Spiridión?

Esto es lo que con su inagotable verbosidad decía el guía, empleando frases estereotipadas desde mucho tiempo en su cerebro de cicerone. No hay, pues, que extrañarse que Clovis Dardentor manifestase el pesar que le causaba abandonar aquel oasis mediterráneo, prometiendo volver a las Baleares en compañía de sus dos jóvenes amigos, por poco lugar que ellos tuvieran para ello.

- Son las seis – advirtió Juan Tacconnat.

-Y no podemos dilatar nuestra partida- añadió Marcel Lornans-. Tenemos aun que recorrer un barrio de Palma antes de ir a bordo.

- Partamos pues – respondió Clovis Dardentor suspirando.

Lanzóse una última mirada a los múltiples pasajes de la costa occidental, a aquel sol cuyo disco se balanceaba sobre el horizonte y doraba con sus oblicuos rayos las blancas quintas de Es Terreno.

Clovis Dardentor, Marcel Lornans y Juan Tacconnat descendieron por la escalera de caracol, franquearon el puente, entraron en el patio y salieron por la poterna.

La galera esperaba en el sitio que la dejaron. El cochero ganduleaba al borde del foso. Llamado por el guía, reunióse a los turistas con paso tranquilo e igual; el paso de los mortales privilegiados que por nada se apresuran en ese país dichoso, en el que la existencia no exige nunca apresuramiento.

El señor Dardentor montó el primero en el vehículo, antes que el cochero tomara asiento en el pescante. Pero en el momento que Marcel Lornans y Juan Tacconnat ponían el pie en el estribo, la galera se conmovió bruscamente, y los dos jóvenes se vieron en la precisión de retroceder rápidamente para evitar el choque del eje.

Lanzóse el cochero a la cabeza del tronco para sujetarle. ¡Imposible! Las mulas se encabritan y derriban al hombre, que por un milagro no es aplastado por las ruedas del coche, que arranca como una flecha.

Gritos simultáneos del cochero y del guía. Ambos se precipitan por el camino de Bellver, que la galera cruza a gran galope, con riesgo de hundirse en los precipicios laterales o de reventarse contra los árboles del sombrío bosque.

-¡Señor Dardentor! ¡Señor Dardentor!- exclamaba Marcel Lornans con toda la fuerza de sus pulmones- ¡Se va a matar! ¡Corramos, Juan, corramos!

-Sí- respondió Juan Tacconnat-; y sobre todo, si esta ocasión debe de ser contada...

Fuese como fuese, en esta ocasión era preciso sujetar los caballos; es decir, las mulas. Pero, mulas o caballos, iban con tal rapidez que dejaban poca esperanza de detenerlos.

El cochero, el guía, los dos jóvenes y algunos campesinos que se les reunieron, se lanzaron tras el coche corriendo lo más que podían. Entretanto, Clovis Dardentor, al que su sangre fría no abandonaba nunca, había cogido las riendas con vigorosa mano, y procuraba sujetar al tronco. Era lo mismo que querer detener un proyectil en el momento en que escapa de la escopeta, y lo mismo para los que pasaban y lo procuraron.

El camino fue descendido locamente, y atravesado el torrente en la misma forma. Clovis Dardentor, siempre en posesión de sí mismo, habiendo conseguido mantener la galera en línea recta, pensaba que aquello acabaría ante la muralla, que el vehículo no franquearía por ninguna de sus puertas. No pensó en dejar las riendas y arrojarse del coche, por saber que en esto hay gran exposición y que vale más permanecer en el coche, aunque éste haya de volcar o estrellarse contra algún obstáculo. ¡Y aquellas malditas mulas sin cesar en su velocidad, con un arranque como no se había visto nunca en Mallorca ni en ninguna de las islas del Archipiélago!

Después de pasar por Terreno, la galera siguió la muralla por su parte exterior, haciendo ziszás terribles, saltando como una cabra, pasando ante las puertas de la muralla y llegando a la puerta Pintada, en el ángulo NE. de la ciudad. Preciso es admitir que las mulas conocían particularmente esta puerta, pues la franquearon sin vacilar, y se puede tener por cierto que no obedecían ni a la mano ni a la voz de Clovis Dardentor. Ellas dirigían la galera a triple galope, sin cuidarse de los transeúntes que huían, arrojándose a las puertas y dispersándose por las calles vecinas. Las maliciosas bestias parecían decirse a la oreja: «Iremos así mientras nos plazca, y a menos que no naufrague... ¡bogue la galera!»

Y por el dédalo de aquel rincón de la ciudad, un verdadero laberinto, el alocado tronco se lanzó con ardor terrible. Desde el interior de las casas y tiendas la gente gritaba. Cabezas asustadas aparecían en las ventanas. El barrio se agitaba como en otra época, algunos siglos antes, cuando escuchaba el grito de, «¡Los moros, los moros!» No se explica cómo no se produjo ningún accidente en las calles estrechas y tortuosas que terminan en la de los Capuchinos. Clovis Dardentor procuraba hacer algo. A fin de moderar aquel galope insensato tiraba de las riendas a riesgo de romperlas o de dislocarse los brazos. En realidad, las riendas eran las que tiraban de él, amenazando sacarle del coche en condiciones difíciles.

-¡Ah! ¡Qué galope del infierno!- se decía.- No veo razón para que se detengan mientras tengan sus cuatro patas cada una. Y esto..., baja...

Bajaban, en efecto, y bajarían hasta el puerto, donde la galera tal vez se daría un chapuzón en las aguas de la bahía; lo que seguramente calmaría el ardor del tronco. Tomó primero a la derecha, luego a la izquierda, desembocó en la plaza de Olivar, a la que dio la vuelta como los antiguos carros romanos en la pista del Coliseo aunque ahora no había ni enemigos a quien vencer, ni premio que ganar. En vano, en dicha plaza, tres o cuatro agentes de policía se arrojaron sobre las mulas, queriendo prevenir una catástrofe imposible de evitar. Su heroísmo fue inútil. El uno fue derribado y se levantó herido; los otros tuvieron que dejar escapar su presa. La galera siguió su vertiginosa carrera, como sometida a las leyes de la caída de los cuerpos. Era de presumir que aquello terminara de desastrosa manera cuando entraron en la calle de Olivar, pues en la mitad de ésta, muy pendiente, hay una escalera de unos quince escalones, y ya se comprende que tal sitio no es muy propio para carruajes.

Entonces redoblaron los clamores, a los que se unieron los ladridos de los perros. Bah!... ¡Por violentos que éstos fuesen las mulas no se inquietaban por algunos escalones!... Y he allí a la carroza bajando por la escalera a riesgo de romperse en mil pedazos. Pero no se rompió. Resistieron la caja y los ejes, y las manos de Clovis Dardentor no abandonaron las riendas durante aquel descenso extraordinario. Tras la galera se amontonaba una multitud cada vez más numerosa, de la que Marcel Lornans, Juan Taconnat, el cicerone y el cochero no formaban parte todavía. Después de la plaza del Olivar, la calle de San Miguel, a la que sucedió la plaza de Abastos, donde una de las mulas, después de caer, se levantó sana y salva; después la calle de la Platería, después la plaza de Santa Eulalia.

-Es evidente- se dijo Clovis Dardentor- que la galera irá así hasta que le falte el terreno, y si no es en la bahía de Palma, no veo donde puede suceder esto.

En la plaza de Santa Eulalia se elevaba la iglesia destinada a esta santa mártir, que es para los de las Baleares objeto de particular veneración. No mucho tiempo antes la dicha iglesia servía como lugar de asilo, y los malhechores que conseguían refugiarse en ella escapaban a las garras de la policía. Esta vez no fue a un malhechor al que su buena suerte arrastró allí, sino a Clovis Dardentor, fijo en la banqueta del vehículo.

¡Sí! En aquel momento la magnífica puerta de Santa Eulalia estaba abierta de par en par. Los fieles llenaban la iglesia. Se celebraban los oficios de salud, que tocaban a su fin, y el oficiante, vuelto hacia la piadosa reunión, levantaba las manos para bendecirla. ¡Qué tumulto, qué agitación, que gritos de espanto cuando la galera botó y rebotó sobre las losas de la nave! Pero, también ¡qué prodigioso efecto cuando el tronco cayó al fin ante las gradas del altar, en el instante en que el sacerdote decía:

- Et Spiritui Sancto!

- ¡Amén!- respondió una voz sonora.

Era la voz de Clovis Dardentor, que acababa de recibir una bendición bien ganada.

Que vieran un milagro en este inesperado desenlace, no es de extrañar en un país tan profundamente religioso, y no sería asombroso que todos los años, el día 28 de Abril, se celebrase en la iglesia de Santa Eulalia la fiesta de Santa Galera di Salute.

Una hora después Marcel Lornans y Juan Taconnat se habían reunido con Clovis Dardentor en una fonda de la calle de Miramar, donde el último fue a descansar de tantas fatigas y emociones si se puede hablar de emociones tratándose de un carácter tan bien templado.

-¡Señor Dardentor!- exclamó Juan Taconnat.

-¡Ah, amigos míos!...- respondió el héroe del día.- ¡Buena carrera!

-¿Está usted sano y salvo?- preguntó Marcel Lornans.

-¡Completamente! ¡Y hasta me parece que nunca me he encontrado tan bien!... ¡A su salud, señores!

Y los dos jóvenes tuvieron que vaciar algunos vasos del excelente vino de Binisalem, cuya fama se extiende más allá del archipiélago de las Baleares. Cuando Juan Taconnat pudo hablar aparte con su primo, le dijo:

-¡Una ocasión perdida!

-No, Juan, no...

-Sí, Marcel, pues no me harás creer que si yo hubiese salvado al señor Dardentor deteniendo su galera, aunque no le hubiese librado de las olas, ni de las llamas, ni en un combate...

- ¡Brava tesis para defenderla ante un tribunal civil!- se contentó con responder Marcel Lornans.

En fin, a las ocho de la noche todos los pasajeros del Argelés estaban a bordo. Esta vez no se retrasó ninguno, ni los señores Desirandelle, padre e hijo, ni el señor Eustache Oriental. En lo que se refiere al astrónomo, ¿había pasado el tiempo en observar el sol en el horizonte de las Baleares? Nadie lo hubiera podido decir. Llevaba diversos paquetes encerrando productos comestibles propios de estas islas, «ensaimadas», especie de pasteles de hojaldre, en los que la manteca está reemplazada por la grasa; y muy sabrosa, y una media docena de «tourds», pescado muy buscado por los pescadores del cabo Formentor, y que el jefe del comedor recibió el encargo de hacer preparar con particular cuidado para el astrónomo. Realmente, el presidente de la Sociedad Astronómica de Montelimar se servía más de la boca que de los ojos, por lo menos desde que salió de Francia.

A las ocho y media largó sus amarras el Argelés y abandonó el puerto de Palma, sin que el capitán Bugarach hubiese concedido a sus pasajeros la noche completa en la ciudad mallorquina, razón por la que Clovis Dardentor no oyó la voz de los serenos, ni los cantos nocturnos, ni las habaneras y jotas nacionales, acompañadas de los melodiosos sonidos de la guitarra, que suenan hasta el amanecer en los patios de las casas de las Baleares.